

El 200 aniversario de la muerte de Napoleón y su huella en el devenir de España

José Pardo de Santayana
Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Historia Militar

1 de abril de 2021

Este año, el 5 de mayo, se celebra el segundo centenario de la muerte de Napoleón, personalidad de una densidad histórica verdaderamente excepcional y que inevitablemente genera fascinación.

Desgraciadamente, este acontecimiento está sirviendo en Francia y otros lugares para una revisión histórica mucho más vinculada al debate ideológico actual de enmienda a la totalidad del pasado occidental —con una lectura de rechazo del patriarcado, el esclavismo y otras formas de opresión— que para una reflexión desapasionada y rigurosa de lo que supuso el Gran Corso para el devenir de nuestras sociedades.

Desde el punto de vista general, el legado de Napoleón Bonaparte, un hombre difícil de clasificar, siempre se ha debatido entre sus contribuciones positivas y negativas, entre su genio militar y su formidable capacidad de organización y modernización, por una parte, y su autoritarismo y ambición desmedida, por otra, habiendo sometido a Europa al azote prolongado de la guerra.

En el caso de España, que se resistió a su designio estratégico, el emperador de los franceses pasó por ella como un tsunami que, al retirarse las aguas, dejó un panorama desgarrador. Como defiende el profesor José Varela Ortega, la historia de España no se debe entender como un proceso de auge y decadencia, como muchas veces se ha propuesto, sino más bien como un devenir por lo general bastante notable, con sus lógicos altibajos, que descarriló como consecuencia de la guerra de la Independencia, una epopeya que fue síntesis de lo mejor y de lo peor de nuestra patria.

El diplomático e historiador José Antonio Vaca de Osma también afirma que ninguna otra potencia salió tan mal parada de las grandes transformaciones

de toda índole que propició la Revolución Francesa como la monarquía Española (*La Guerra de la Independencia*. Espasa Calpe, 2002).

Ciertamente, así fue. Pero hasta la irrupción de Napoleón en el destino de España, no obstante algunos graves contratiempos, nada de lo ocurrido había tenido consecuencias determinantes para la posición de este reino en el gran concierto geopolítico europeo. A pesar de la debilidad del monarca Carlos IV, de las penurias económicas consecuencia de las guerras recientes y de una forzada alianza con Francia tras la paz de Basilea (1796) que llevó a la guerra contra Inglaterra, Madrid seguía gobernando sobre un extenso impero ultramarino, la nación estaba dirigida en los diversos ámbitos por una élite ilustrada con algunas personalidades muy notables y disponía de una fuerza naval de primer orden.

El nuevo siglo nació con el general Bonaparte al frente del poder político del país vecino. Aunque inicialmente muchos españoles vieron en él a un domador de la revolución y hasta una esperanza para el reino, el tiempo probaría lo contrario, siendo la paz de Amiens solo una tregua. Asegurado por sus asombrosos triunfos, fue convirtiendo progresivamente la alianza en vasallaje, utilizando sin escrúpulos la amenaza. La ruptura de hostilidades con Inglaterra y las operaciones navales conjuntas llevaron al desastre de Trafalgar. No obstante, el imperio francés se resarcía con una sucesión de fulgurantes victorias en la campaña terrestre de ese mismo año de 1805.

Tras la paz de Tilsit (junio de 1807), el Emperador se sentía pletórico, su ambición parecía no tener límites y empezó a aparecer la peor versión del gran caudillo militar. Para desgracia de España, su nuevo concepto imperial requería la completa sumisión de la península Ibérica. La armada española y los dominios de ultramar eran dos motivos de peso para apoderarse de la vecina monarquía borbónica. ¿Quién podría impedirselo?, pensaba. En palabras de Godoy, el sistema de relaciones exteriores del nuevo árbitro de Europa se resumía en: “lo que quiero o la guerra” (Moreno Alonso, Manuel. *Napoleón. La aventura de España*. Sílex, 2004).

Solo había que esperar el momento oportuno. El tratado de Fontainebleau y la invasión conjunta de Portugal habían de facilitar las cosas. El envío de la potente división del marqués de la Romana a las costas del norte de Alemania contribuiría a desguarnecer aún más al aliado, convertido en presa fácil. A continuación, empezaron a llegar a suelo español cada vez

más tropas francesas, que con la excusa de proteger la línea de comunicaciones contra los ingleses y sin acuerdo con el gobierno español, se fueron haciendo con el control militar del incauto aliado.

La grave crisis en el seno de la familia real española pareció allanar aún más el camino y reforzó la mala opinión que el Emperador tenía sobre la nación española, muy favorecida por los arraigados prejuicios que los enciclopedistas franceses habían extendido por la sociedad vecina. El 5 de mayo de 1808, trece años exactamente antes de su muerte, Napoleón Bonaparte consiguió la abdicación de Bayona e incorporó la monarquía española a su imperio.

Lo que en principio únicamente le pareció “un juego de niños”, terminó convirtiéndose en un conflicto enconado y prolongado, al que el mismo Emperador se refirió como la “úlceras española, la razón primera de las desgracias de Francia” y que impidió la consolidación de su gran proyecto imperial. En sus conversaciones de Santa Elena con el conde de Les Cases reconoció haber tratado muy mal a España: “la inmoralidad se mostró de manera demasiado patente, la injusticia demasiado cínica y todo ello es en extremo ruin, puesto que sucumbí” (Les Cases, Conde de. *Memorias de Napoleón en Santa Elena*. Fondo de Cultura Económica, 2009).

Resulta ingenuo pensar que Napoleón actuara en España pensando en el bien de esta o que lo correcto hubiera sido haberse sometido de buena voluntad a su dictado. Uno de los hombres más notables del momento, Gaspar de Jovellanos, así lo vio y siendo partidario de reformas como las que se estaban llevando a cabo al otro lado de la frontera, consideraba que estas no se podían fiar a una voluntad extranjera que actuaría a su arbitrio. Otros importantes ilustrados, como Urquijo y Mazarredo, aceptaron la dominación napoleónica porque no creyeron posible oponerse a ella. Con el tiempo, muchos ilustrados josefinos, que habían visto en el nuevo régimen una oportunidad, se fueron desencantando ante los abusos y desprecios de los generales imperiales. El mismo Napoleón, como explica Jean Sarramon, nunca vio en su hermano mayor a un genuino rey de España, sino a un servidor fiel de la causa imperial e intérprete de su voluntad (*Contribución a la historia de la Guerra de la Independencia en la Península Ibérica contra Napoleón I*, Tomo IV, Ministerio de Defensa, 2019).

Por otra parte, no podemos saber lo que hubiera pasado si la nación española hubiera cedido al chantaje de Bonaparte, sin duda, este habría

llevado a cabo reformas eficaces –con aspectos benéficos– para poder utilizar después los recursos económicos y militares de dicha sociedad al servicio de su designio estratégico, como hizo, de hecho, con otros territorios dominados, por ejemplo, en la campaña de Rusia. Sí conocemos su intención de anexionar buena parte del Norte peninsular a Francia, al menos hasta la línea del Ebro; también podemos suponer que las posesiones de ultramar habrían sido incorporadas al imperio Francés, así como que la arbitrariedad del Emperador habría superado la hasta entonces practicada por él en otros lugares de Europa.

Se puede considerar con suficiente fundamento que de haber claudicado España, Napoleón habría robustecido su imperio y triunfado sobre Inglaterra. Probablemente, la España histórica habría dejado de existir y el reforzado imperio francés habría adquirido vocación universal, como ya anunciaba el ministro Pedro Ceballos (“Exposición de los hechos y maquinaciones que han preparado la usurpación de la corona de España y los medios que el emperador de los franceses ha puesto en obra para realizarla”, en *Memorias de tiempos de Fernando VII*, Madrid BAE, 1957). ¿A dónde habría llevado ese sueño napoleónico? ya puede ser objeto de todas las especulaciones que se quiera... pero su genio militar y organizativo dejó patente hasta dónde estaba dispuesto a llegar, anteponiendo siempre su ambición de poder y los intereses de Francia.

Lo que ocurrió de facto, que es de lo que trata la historia y de lo único de lo que se puede juzgar a sus protagonistas, es que la guerra se prolongó demasiado, duró seis años; la crueldad y el enconamiento, impulsados por las pasiones ideológicas, fueron extremos; los ejércitos napoleónicos, que vivían a costa de los recursos del país, lo esquilmaron en gran medida, las operaciones militares sembraron la muerte y la destrucción. Las cicatrices fueron tan numerosas y profundas que España resultó prácticamente irreconocible y quedó incapacitada para afrontar los retos que la incipiente revolución industrial ofrecería a las sociedades europeas. Así, por ejemplo, el ferrocarril llegó a nuestro país con 20 años de retraso (1848) y más tarde que a Cuba (1837).

La nación perdió un millón de habitantes —11 millones constituían entonces su población— entre los que murieron por diversas causas, el hambre una de ellas, y los que dejaron de nacer; la infraestructura económica quedó en gran parte arruinada; la cabaña ganadera sufrió muy

especialmente, ya que sirvió de alimento a los ejércitos y Napoleón hizo trasladar a Francia numerosos rebaños de ovejas merinas, tan celosamente custodiadas hasta entonces en España; se produjo una gravísima pérdida de patrimonio arquitectónico y artístico, ciudades monumentales como Zaragoza o Salamanca perdieron barrios enteros de gran valor histórico-artístico; por otra parte, el rey José y el mariscal Soult se convirtieron en los mayores expoliadores de obras de arte de la historia de España; numerosos símbolos de la nación fueron ofendidos, usando las iglesias como cuadras y profanando tumbas de monarcas, entre ellas las de los Reyes Católicos; la incipiente clase media prácticamente desapareció y una parte significativa de la población quedó depauperada, aumentando así la diferencia entre clases sociales; nació el germen de las dos Españas y la relativa paz interna de la que la nación había disfrutado en los últimos tres siglos quedó para el recuerdo.

Una vez que sentó a su hermano en el trono de España, Napoleón envió a América a emisarios imperiales para que dichos territorios se sometieran al nuevo monarca. Como en todas partes se rechazó al rey intruso y se mostró fidelidad a Fernando VII, a partir de entonces, Bonaparte instigó la rebelión contra España, que ya era incipiente. Al final, la caída de Andalucía, a principios de 1810, precipitó el levantamiento independentista de los territorios españoles de América, difíciles de controlar con la metrópoli ocupada y en plena guerra. La pérdida de la mayor parte del imperio Español fue pues otra consecuencia de la guerra contra Francia.

Tras la guerra, la monarquía española quedó tan debilitada que el aliado de circunstancias británico la excluyó de un lugar a la mesa en el Congreso de Viena, dándole con ello la puntilla como potencia.

Finalmente, la guerra rompió en España las estructuras de poder establecidas y dio lugar a una revolución interna que detuvo un proceso de progresiva modernización que se había iniciado con el advenimiento de la dinastía Borbón. Según Christopher Herold, gran experto en la época, la monarquía española fue la única en la que todos los gobiernos del siglo XVIII habían sido ilustrados (*The Age of Napoleon*. Mariner Books, Nueva York, 2002). En su lugar quedó una nación doliente, dividida ideológicamente y encanallada por la experiencia de la guerra y la vileza de Fernando VII, víctima de repetidas guerras civiles mientras se veía sometida a los vaivenes del turbulento siglo XIX.

El ejército quedó dividido en facciones políticas. Con la legión de militares que volvió del cautiverio en Francia, proliferaron en España las sociedades secretas, y como reconoce Ramón Santillán (*Ramón Santillán. Primer Gobernador del Banco de España. Memorias (1808-1856)*, Tecnos, 1996), estas fueron las que hicieron nacer el nefasto fenómeno de los pronunciamientos militares que, en nombre de una u otra tendencia política, recorrería la historia de España hasta la última guerra civil. Por otra parte, muchos militares de aquellas sociedades secretas que fueron enviados a combatir la insurrección en América se pasaron al enemigo una vez llegaron allí, algo que no ocurrió en los imperios coloniales francés y británico entonces en expansión.

Si para Francia, Napoleón Bonaparte representa un capítulo de exuberante, aunque efímera, gloria imperial con muchas contradicciones pero también con importantes contribuciones y en otros países de Europa despertó procesos nacionales que los lanzaron hacia el futuro, para España supuso un giro de 180º que la dejó en gran parte fuera de las grandes corrientes modernizadoras del siglo XIX y la sumió en una espiral de conflictos internos. De haber sido una potencia con un extenso imperio ultramarino, unas Fuerzas Armadas disciplinadas y sometidas al Rey, una paz interior prolongada, una cierta prosperidad –aunque con muchos matices–, una sociedad estable y una visión abierta al mundo, España se convirtió en un país empobrecido, hundido en el atraso, cainita, encerrado en sí mismo, fuera del concierto de las potencias, que únicamente conservaba algunas reliquias del antiguo imperio y con un ejército levantisco que dominaba la política nacional.

Este es el panorama que quedó cuando el tsunami napoleónico se retiró de la península y ese fue, por tanto, su legado en esta nación. El hombre en el ejercicio de su libertad desarrolla una única trayectoria vital, que no tiene enmienda y que deja la huella que sus actos van imprimiendo. La responsabilidad de los sufrimientos y calamidades de una guerra recae esencialmente en el agresor y no en el que se resiste a la imposición por la fuerza. Napoleón Bonaparte dejó pues en España una huella de desolación y en los siguientes siglos la nación española ha intentado volver a ponerse de pie, sin conseguirlo del todo. En ello estamos.